



Seix Barral

Ana Montes

La flamenca





Seix Barral

Ana Montes

La flamenca

Un fuego artificial estalló sobre las nubes blancas y rebotó en mis ojos. Las nubes se inyectaron de un pigmento brillante. Unos pájaros se alejaron a toda velocidad. Supongo que no se atrevieron a volar sobre ese color. Seguí con atención la mancha que quedó en el cielo después de la explosión. Justo cuando creí entender su forma, la imagen también se desvaneció entre las nubes.

No siempre fui esta que soy. Tuve una familia, algunos amigos y un par de amores. Hasta tuve un trabajo. Caminaba mucho. Cruzaba la ciudad de lado a lado todos los días. Era joven. La gente se daba vuelta para verme pasar. Pero nada de eso fue suficiente para mí.

El paso del tiempo está marcado por el rectángulo de cielo que se ve desde el jardín. Ahora mismo la luz del sol rebota en la ventana y quema. Me esfuerzo por salir de la cama. Las sábanas me pesan sobre el cuerpo. Tengo que pararme para sacar la jaula del pájaro al jardín pero todo me encandila: el aire, las rejas, la tierra, la hebilla metálica de mis zapatos.

El trabajo era en una oficina pero se parecía más bien a estar en un casino. No entraba ni un rayo de sol. Salía todavía de noche del departamento en el que vivía en ese entonces con mi madre, tomaba el subte y me metía en el edificio de vidrios polarizados. Cuando volvía a la calle ya estaba oscuro de nuevo y, sin darme cuenta, había pasado todo el día trabajando bajo tubos de luz blanca.

Al pájaro lo encontré hace un par de años, un medio-día helado, en la puerta de mi casa. Salí a recibir a mi madre cuando vi un pichón sobre la piedra de la entrada. Me pareció indefenso. Respiraba agitado, tenía el pico seco y los ojos con lagañas. Mi madre no me dejó levantarlo hasta después de almorzar. A pesar de que ya no vivimos juntas, cuando me visita impone sus reglas. Dijo que no quería una comida arruinada por un pájaro que moriría de todos modos. Pero el pichón no murió. Fue fuerte y soportó el frío en sus pelusas mientras yo tragaba papas y chauchas casi sin masticar para volver a buscarlo. Ahora vive conmigo. Lo tengo en una jaula, no sabría cómo manejarse suelto. Lloro mucho, casi todo el tiempo, salvo cuando me acerco y le toco el pico con una ramita. No sé por qué llora; a veces pienso que es su manera de no quedarse callado.

Los primeros tres meses de mi vida lloré ininterrumpidamente sin motivo. Cuando mis padres no sabían qué más hacer, porque ningún médico encontraba nada malo en mí, consultaron a una bruja. Ella les dijo: «Lo que tiene es sensibilidad. Le falta una capa protectora. La respuesta está en los colores».

Dejo la jaula del pájaro en el jardín y entro a refugiarme en la cocina. Hubo un tiempo en el que anhelaba el sol más que nada en el mundo. Lo perseguía por la calle, cruzaba de vereda en zigzag para sumergir la cara en sus rayos. Ahora que tengo el sol en mi rectángulo de cielo el día entero disponible para mí, sus rayos se me volvieron cuchillos.

El trabajo lo conseguí cuando murió mi padre. Los trámites de la sucesión de nuestra casa se trabaron por deudas que dejó impagas. Deudas inmensas de las que nadie sabía nada. Mi madre se deprimió y tuve que salir a ganar plata para ayudarla a llegar a fin de mes. La oportunidad apareció en una peluquería. Una señora que se teñía el pelo de cobrizo a mi lado dijo que necesitaba una recepcionista para su empresa. Eran nueve horas en las que ingresaba sobres, agendaba reuniones y contestaba el teléfono.

No podría decir con exactitud cuál fue el momento preciso en el que tomé la decisión de que mi vida suceda indefinidamente adentro. Pasado y presente se superponen. Tal vez sea por las pastillas. Cuando las tomo todo se afloja, los pensamientos se derraman unos sobre otros y terminan mezclados. Por eso escribo estas notas. Para volver sobre mis propios pasos, para sistematizar la búsqueda de ese rojo que me obsesiona. Tener un plan me mantiene viva.

Cuando cumplí nueve años mi padre me regaló un cuaderno de tapas duras con motivo de flores y un candado. Desde ese día empecé a tomar notas en sus hojas blancas, a registrar lo que pasaba en mí día a día como si fuese una misión. Cuando ese cuaderno se terminó, le pedí a mi padre que me regalara otro. Después de ese vino otro, después otro y otro. Llevo escritos treinta y ocho cuadernos.